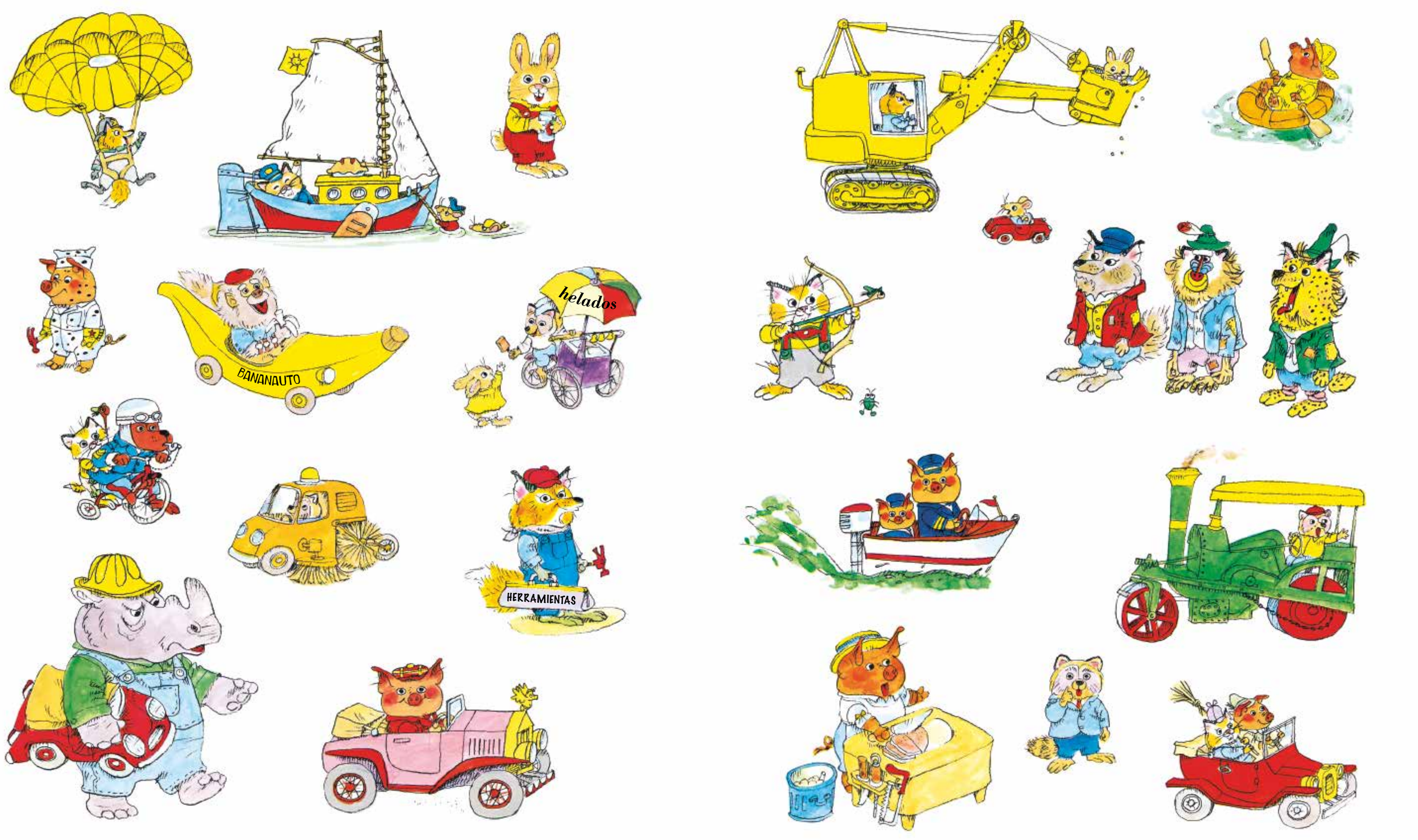

helados
BANANAUTO
HERRAMIENTAS

ÍNDICE

Un conejito despistado	6
El sargento Multa y el ladrón de plátanos	10
¡A todo gas!	14
El coche nuevo de Mamá Cerdínez	16
El señor Manitas	19
Tres canguros muy extraños	22
Una salsa... algo agitada	26
El pan parlante	28
Los tres pescadores	32
El accidente	35
¡Circulen hacia el fondo!	38
Los ratones piratas	40
Un día de mala suerte	44
Un aterrizaje casi perfecto	48
El cumpleaños de Serpentino	53

RICHARD SCARRY® nació en Boston, Massachusetts, en 1919. Durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó al servicio del ejército como diseñador y dibujante de mapas; luego se trasladó a Nueva York, la ciudad perfecta para los artistas, donde pronto consiguió grandes éxitos como ilustrador. Tenía un gran sentido del humor y conseguía despertar la fantasía entre los lectores adultos y los niños con los grandes animales antropomórficos de sus libros y sus mil aventuras. Viajó por todo el mundo; en 1968, se instaló con su familia en Suiza, en Gstaad, donde dibujó e inventó historias hasta el día de su muerte, en el año 1994.

Desde las profesiones más comunes hasta las tradiciones de culturas lejanas, Richard Scarry —en sus 300 libros— ha sabido describir y representar la realidad con una mirada inconfundible: hoy, «el autor que no escribe libros, sino que los dibuja» es considerado uno de los grandes clásicos universales de la literatura infantil.

RICHARD SCARRY®

LOS CUENTOS MÁS DIVERTIDOS

Duomo ediciones

Un conejito despistado

El señor Conejito caminaba tranquilo por la calle, leyendo el periódico. No se dio cuenta de que los operarios estaban extendiendo una capa de asfalto pegajoso.
No se dio cuenta porque iba leyendo.

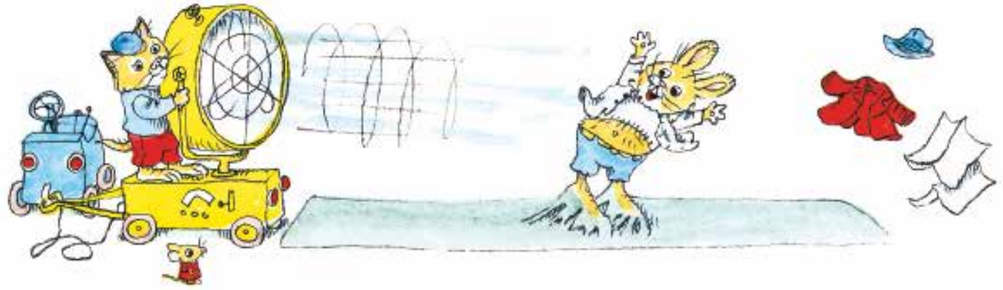
Como no miraba dónde ponía los pies, no vio que estos también acabarían igual de pegajosos.
No, el señor Conejito leía el periódico.

En aquel momento, el señor Conejito se miró los pies. ¿Y sabes lo que vio? Vio que estaban PRISIONEROS de aquel asfalto pegajoso.

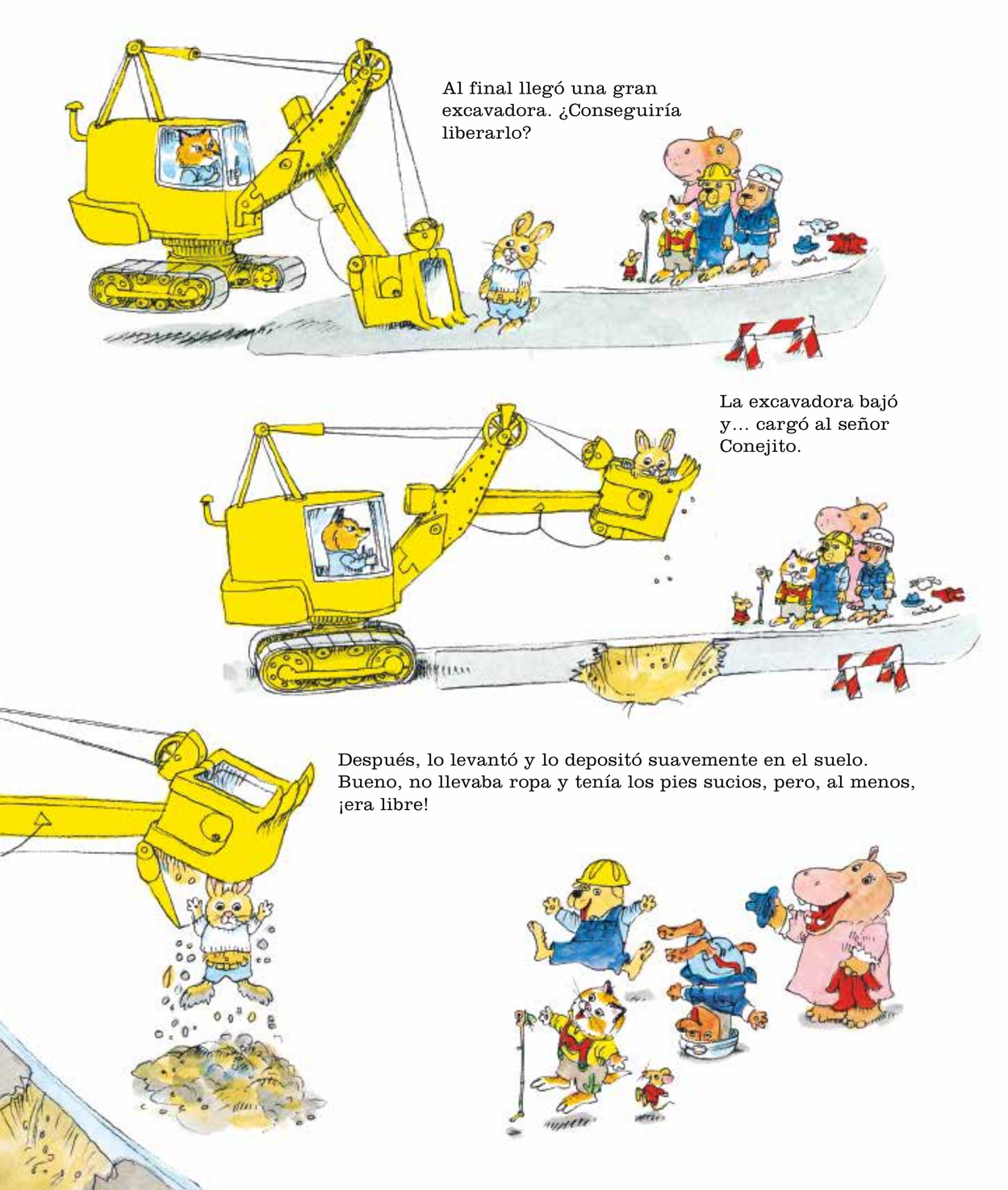
Los operarios trataron de liberarlo empujándolo con un poste.
Pero no funcionó.

Un camión intentó remolcarlo.
¡Nada que hacer!

Otro probó a sacarlo de allí con un ventilador gigante.
Pero el señor Conejito siguió aprisionado.



Los bomberos probaron con un chorro de agua. Pero el señor Conejito no se movió ni un centímetro. ¡Estaba pegado! ¡No podía quedarse allí para siempre!



Al final llegó una gran excavadora. ¿Conseguiría liberarlo?

La excavadora bajó y… cargó al señor Conejito.

Después, lo levantó y lo depositó suavemente en el suelo. Bueno, no llevaba ropa y tenía los pies sucios, pero, al menos, ¡era libre!

El señor Conejito se vistió de nuevo, dio las gracias a todo el mundo y prometió solemnemente que, a partir de aquel momento, vigiliaría más dónde ponía los pies.

Aunque, un instante después, se puso a leer el periódico de nuevo. Pero, señor Conejito, ¡lo ha prometido!

¡Oh, no! ¡Qué despistado!

El sargento Multa y el ladrón de plátanos

El sargento Multa estaba muy ocupado multando los coches que estaban mal aparcados cuando, de repente, Piel de Plátano salió corriendo del supermercado.
¡Acababa de robar un racimo de plátanos! ¡Cuidado, Multa! ¡También ha robado tu motocicleta!

Multa estaba furioso. El gato Huck, que pasaba por allí con Serpentino, le dijo:
—Si quieres, te presto mi triciclo.
Y al instante, los tres salieron corriendo detrás del ladrón de plátanos.

Atravesaron calles muy concurridas.

Algo que jamás debe hacerse con un triciclo.

Volaron por encima de un puente justo antes de que se levantara.

Pero ¿dónde se había metido Piel de Plátano? Había parado en seco delante de un restaurante.

Poco después, Multa también entró en el restaurante y buscó por todas partes, pero no encontró a Piel de Plátano. Entonces, Paco, el dueño, dijo:
—¿Por qué no te sientas en una mesa, Multa? Tú y tus amigos seréis mis invitados.

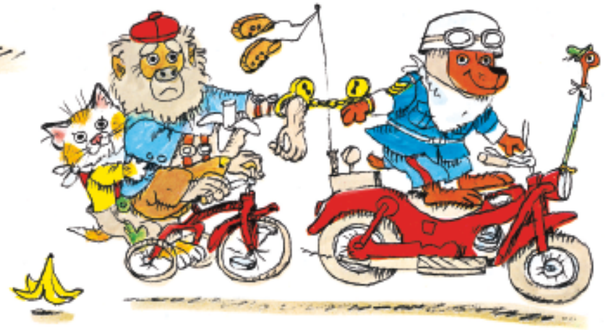
Y luego gritó:
—¡Tú, recoge esas pieles de plátano antes de que alguien resbale!

Paco regresó con una sopera enorme. ¿Que qué había dentro? ¡Pues claro! ¡Sopa de plátano!
—Si estuviera aquí, Piel de Plátano se pondría muy contento —dijo Huck.

—¡Cáspita, no nos hemos lavado las manos! Entonces, Multa, Huck y Serpentino se levantaron para ir al baño.

Cuando regresaron, la mesa había desaparecido.

De hecho, ¡estaba saliendo del restaurante!

Pero resbaló con una piel de plátano y... ¡Adivina quién se escondía debajo de la mesa!

¡Buen trabajo, sargento Multa! Piel de Plátano recibirá su merecido. ¿Acabará por entender que no está bien robar?